

tura de Plutarco, que á partir de aquella época fué su Biblia, su Evangelio. «Nunca olvidaré, escribe, cuando durante la cuaresma de 1763 me lo llevaba conmigo á la iglesia. Desde entonces datan las impresiones é ideas que hicieron de mí una republicana sin que yo pensara nunca llegar á serlo (1).» «En presencia de las preciosidades de Versalles suspiraba pensando en Atenas, donde también hubiera admirado las bellas artes sin que me hiriera el espectáculo del despotismo. Mi imaginación volaba á Grecia y asistía á los juegos olímpicos, y entonces me pesaba ser francesa. De tal manera cautivada por todo cuanto ofrecían los hermosos tiempos de las repúblicas, pasaba por alto las conmociones que durante aquellos tiempos ocurrieron y olvidaba la muerte de Sócrates, el destierro de Aristides y la condena de Foción (2).» Su vida juvenil, sencilla y dedicada por completo al trabajo y á la lectura, no tuvo contrapeso alguno que fuera superior al encanto de tales impresiones. La influencia que en su ánimo ejercieron las obras de Rousseau hizo que lo que hasta entonces había sido solo fantasía soñadora, fuera en lo sucesivo convicción arraigada y verdadero fanatismo. Su matrimonio con Roland de la Platière (4 de febrero de 1780) en nada pudo alterar el dominio absoluto que sobre su alma había conquistado un idealismo completamente falso. El esposo, que contaba veinte años mas que ella, no pudo adquirir influencia alguna sobre su vida intelectual, y la que en todo caso hubiera podido tener no habría sido precisamente la que ella sin sospecharlo necesitaba. Mr. Roland era poco sociable y poco amigo de hablar; término medio entre escritor y erudito sedentario, leal y honrado en su proceder, pero seco y pobre de espíritu, doctrinario fanático tan desconocedor como su esposa de la naturaleza de los hombres y de las cosas, con la particularidad de que no veía lo que veía ella, si bien ella lo veía al través de un prisma falso.

Como inspector de las manufacturas de Lyon, enviado á Paris con una misión extraordinaria para la Asamblea nacional, llegó con su esposa en 20 de febrero de 1791 á Paris, donde sus negocios le retuvieron por espacio de cinco meses. Por aquel tiempo trabaron conocimiento con Brissot, Petion, Robespierre y Luzot; Mad. Roland asistía á las sesiones de los jacobinos y de la Asamblea nacional; á su mesa se sentaban cuatro veces por semana los semidioses de la extrema izquierda; y muy pronto se vió que su fanatismo político había llegado á un grado tal, que no le vencieron los mas dolorosos desengaños. La republicana se horrorizaba ante la fuerza de los monárquicos y la debilidad de sus correligionarios, y á pesar de esto no sentía vacilar sus convicciones. «He seguido, dice (3), el curso de la Revolución y los trabajos de la Asamblea, y he estudiado el carácter y el talento de sus principales miembros con un interés que solo pueden comprender y juzgar aquellos que conocen mi modo de ser y mi actividad impetuosa. Asistí á las sesiones: ví al violento Mirabeau, al prodigioso Cazalés, al atrevido Maury, á los pérfidos Lameth y al frió Barnave, y noté con tristeza la especie de superioridad que tenían los negros por la facilidad con que se producían, la pureza de su lenguaje y sus distinguidas maneras; pero la fuerza de la lógica, el valor de la lealtad, la ilustración filosófica, la ciencia de gabinete y la habilidad del foro debían dar la victoria á los patriotas de la izquierda si permanecían puros y unidos.» Aquella mujer fanática de las galerías se consolaba de esta suerte de la penosa impresión de su desencanto. En su propia casa tuvo ocasión de conocer muy de cerca á los héroes de la buena causa. Mientras los hombres conversaban, ella se sentaba

(1) *Mémoires*, pág. 16.  
(2) *Mémoires*, pág. 76.  
(3) *Mémoires*, págs. 228-229.

junto á su mesa y bordaba, cosía ó escribía, sin dejar que se le escapara una sola palabra de las que allí se pronunciaban, y apretaba los labios en señal de disgusto cuando oía hablar durante horas seguidas á hombres formales de cosas indiferentes, sin llegar á un resultado; cuando en medio de los argumentos mas escogidos y de las mejores ocurrencias no veía una voluntad y una acción sometidas á un plan determinado. «En mi impaciencia hubiera querido muchas veces abofetear á aquellos sabios señores á quienes cada día aprendía á respetar mas por la nobleza de su alma y la pureza de sus intenciones: cabezas excelentes, filósofos, sabios políticos en conversacion, pero faltos de dotes para dirigir á los hombres y por tanto para adquirir influencia en la Asamblea: las mas de las veces arrojan por la ventana su ciencia y su talento (4).»

El amigo Brissot hizo á Roland ministro del Interior como á Claviere ministro de Hacienda, despues que el primero, desde su regreso á Paris en diciembre de 1791, hubo prestado buenos servicios á la comision de correspondencia del club de los jacobinos. Los nuevos ministros estaban «encantados» de la amabilidad del rey, hablaban con respeto de las dotes que le adornaban y juraban que era la buena fe personificada. Por el testimonio de estos dos hombres hubo de creer Mad. Roland que el rey no era el «imbécil embrutecido» á quien se acostumbraba á entregar al desprecio público, que poseía excelentes conocimientos en geografía é historia de Francia, que se acordaba mucho de los hombres y de las cosas (5) y que sabía lo que hacia mucho mejor de lo que comunmente se imaginaba; pero á pesar de esto persistía en sus ideas de que había de ser por fuerza un mal hombre, doblemente peligroso por su bondadosa apariencia, pues había sido criado en la corte y estaba por tanto corrompido. Era rey y por consiguiente despota por deber é hipócrita por costumbre. «¡Nada de tonterías!» dijo á su esposo cuando este, lleno de confianza como Claviere, entró á formar parte del Consejo de ministros (6); y con aquella frase consiguió destruir en su ánimo la confianza que el monarca le había inspirado durante las tres primeras semanas. Ella era la que, en sentido puramente jacobino, redactaba las circulares, las amonestaciones y proclamas (7) que su esposo remitía á los departamentos; y como fuera de este trabajo de escribir nada tenía entonces que hacer un ministro del Interior, bien puede decirse que ella era propiamente quien desempeñaba el ministerio, mientras que su marido solo tomaba parte en aquellas sesiones del Consejo de ministros en las cuales todo se aprobaba y aplaudía, pero nada de importancia se ejecutaba. En una de aquellas circulares, fechada en 20 de mayo, se consultaban las medidas que se adoptarían «para hacer fracasar las intrigas de los malvados y para cubrir de infamia sus conspiraciones; se preguntaba si hacia progresos el espíritu público, y si el patriotismo seria de nuevo vendido por los traidores que se ocultaban entre los ciudadanos para excitarles á cometer actos criminales.» El directorio de Paris, que presidía el duque de la Rochefoucauld y del que formaba parte Talleyrand-Perigord, tuvo valor para contestar á esto que en Paris mismo había una tribuna pública de calumnia cuyo indigno veneno circulaba por todo el cuerpo de la Francia; que dicha tribuna se alzaba en el antiguo local de los jacobinos de la calle de Saint Honoré, y que mientras no se cerrara aquella escuela de crimen político, sin ejemplo en el orbe, no habría en Francia ni orden ni derecho (8).

(4) *Mémoires*, págs. 331-332.  
(5) *Mémoires*, pág. 350.  
(6) *Mémoires*, pág. 240.  
(7) *Mémoires*, pág. 357.  
(8) *Reponse du département à une circulaire par laquelle on deman-*

En la misma proporción en que el partido dominante dejaba adivinar cada vez mas claramente que sus propósitos eran derrocar la Constitución, se aumentaba la voluntad y la fuerza de la resistencia en el monarca, objeto de tan malos tratos y de tantos desprecios; nunca había creído Luis XVI, y con razón, en la posibilidad de gobernar con tal Constitución, pero confiaba en que las ilusiones y los errores que eran su consecuencia desaparecerían poco á poco á medida que se fueran conociendo, y en que la nación, puesta en la alternativa de escoger entre la monarquía y la anarquía, y aleccionada por una triste experiencia, se declararía por la primera para librarse de la segunda. Además consideraba como indispensable el apoyo de la Europa monárquica en la forma de declaraciones en pro de la monarquía y de los partidos que habían permanecido leales ó que habían vuelto á abrazar su causa; por esto en 20 de abril, día en que, con la cuchilla en la garganta por decirlo así, había tenido que declarar la guerra á la Europa monárquica,—pues tal carácter daba á la declaración de guerra contra el Austria el partido que le dominaba,—perdió toda esperanza, toda posibilidad de salvación. Desde aquel momento, solo á una cosa podía aspirar, y era á sucumbir con honra; su ruina era cierta: él no sabía cuándo ni cómo había de llegar su última hora, pero estaba en su mano esperarla con la conciencia tranquila, como hombre honrado, y á ello le vemos decidido desde entonces. Vacilante, inseguro y hasta desleal mientras creyó en la posibilidad de salvación y opuso á la violencia la astucia y la hipocresía, cuando lo vió todo perdido se volvió enérgico, inflexible y hasta atrevido. Pusilánime mientras esperó algo, perdió todo temor cuando vió perdidas todas sus esperanzas (1).

En cortos intervalos adoptó la Asamblea tres acuerdos de importancia decisiva: uno, de 27 de mayo, condenaba á ser deportados á los sacerdotes que no habían querido prestar juramento (2); otro, de 29 de mayo, disponía la disolución de la guardia de corps que al rey concedía la Constitución; y otro, de 6 de junio, decretaba la formación de un campamento de veinte mil hombres armados, reclutados en todos los departamentos, que debían acampar en las cercanías de Paris y reemplazar á las tropas de línea, que inmediatamente debían ser enviadas á la frontera. El segundo de estos decretos desarmaba al rey, y este fué el que aprobó, pues su suerte estaba ya decidida; en cuanto al primero y al tercero, no podía, como monarca, asumir su responsabilidad y por esto les negó su aprobación. Además el último decreto había producido gran tumulto en la Asamblea.

Servan, que había sustituido á de Grave en el ministerio de la Guerra, había propuesto en 4 de junio aquella leva de veinte mil hombres sin consultar al rey ni á los ministros, entre los cuales solo tenían noticia confidencial de la proposición Roland y Claviere. Esto había motivado violentas escenas entre Dumouriez y Servan, y todo el ministerio se conmovió cuando Roland, en 10 de junio, entregó al rey un documento, redactado por su esposa, en el cual entre otras cosas se decía: «Dos importantes decretos han sido acordados: ambos tienden esencialmente á la tranquilidad y al bien del Estado. El negarse á aprobarlos produce desconfianza; si esta continúa, creará descontentos, y el descontento, forzoso

me es decirlo, puede arrastrar á todo, dada la excitación de que son presa los ánimos. El tiempo no permite retroceder ni contemporizar. La Revolución se ha consumado en los ánimos y se completará á costa de sangre y con sangre se amasarán sus cimientos, si la prudencia no viene á contener los males que todavía pueden evitarse. Yo sé que hay quien puede creer que empleando recursos extremos todo puede hacerse y contenerse, pero cuando se hubieran alzado las armas para dominar á la Asamblea y cuando se hubiera sembrado el terror en Paris y la discordia en los alrededores, la Francia indignada se sublevaría, despedazándose en los horrores de una guerra civil, y mostraría aquella tenebrosa fuerza, madre de todas las virtudes y de todos los crímenes, y siempre funesta para los que la han hecho necesaria (3).» «De un tiron, dice Mad. Roland, fué escrita esta epístola, que llenaba casi seis páginas (4),» y nunca una mujer alucinada se ha mezclado de una manera mas culpable en los asuntos de los hombres que se mezcló Mad. Roland. En ella amenazaba á los ministros con una sangrienta venganza popular y al pueblo con sangrientos y violentos planes del monarca, en los cuales ella misma no creía. Todavía no le bastó que se consignara todo aquello en una carta al rey, sino que cuando este destituyó á Servan (12 de junio) y á Roland y Claviere (el 13), insistió en que se leyera á la Asamblea nacional y por conducto de esta circulara por toda la Francia una copia de la carta, en la cual se excitaba á la guerra civil. «Yo conocía, dijo, la eficacia que esto podía tener y no me equivoqué; el doble objeto propuesto se consiguió: la utilidad y la gloria acompañaron á mi esposo en su retirada (5).» Sin embargo, un año despues escribía en la cárcel: «¡Oh Bruto, que con atrevida mano libertaste en vano á los corrompidos romanos! Como tú nos hemos equivocado. Aquellos hombres puros, cuyas almas suspiraban por la libertad, y hácia ella intentaban que tendiera la filosofía estudiando silenciosamente en el mas apartado retiro, acariariaron como tú la idea de que la caída de la tiranía inaugurara el reinado del derecho y de la paz; pero la caída del trono no fué mas que la señal del desbordamiento de las mas odiosas pasiones y de los pecados mas abominables (6).»

Dumouriez formó al rey un nuevo ministerio y exigió la aprobación de los dos decretos; sin embargo el monarca se mantuvo firme en su doble veto y Dumouriez fué, en 16 de junio, á reunirse con el ejército. El día 20 de junio amotinó el populacho de los arrabales para obligar al rey con amenazas de muerte á que aprobara los dos decretos; pero Luis XVI persistió inflexible en su negativa. El día 20 de junio de 1792 fué un día de infamia para Paris, para los parisenses, para las autoridades y para la Asamblea nacional, y un día de gloria para el rey y para la reina. La gran manifestación del 20 de junio no fué motivada por los sucesos antes referidos, pues hacia algunas semanas que se había proyectado y preparado (7) una fiesta de carácter jacobino para conmemorar el aniversario del juramento del Juego de Pelota (8); pero los iniciadores de la función aprovecharon la ocasión de hacer un programa político que les prometía grande utilidad así respecto de la corte como de la Asam-

*de dans quel état se trouve l'empire. Paris, le 12 juin 1792. Schmidt: Tableaux de la révolution française. Leipzig, 1867, I, págs. 74-81.*

(1) En 19 de junio escribía á su confesor: «Venid, señor, nunca he necesitado tanto como ahora de vuestros consuelos: ya he acabado con los hombres; mis miradas se dirigen, al presente, al cielo. Para mañana se anuncian grandes desdichas: tendré valor.» Malouet, en Mallet du Pan, *Mémoires*, II, pág. 303.  
(2) *Hist. parl.*, XIV, págs. 248-250.

(3) *Hist. parl.*, XV, pág. 43.  
(4) *Mémoires*, págs. 356-357. «Escribí la famosa carta, que fué trazada sin levantar mano, como casi todo lo que en este género escribía.»  
(5) *Mémoires*, pág. 359.  
(6) *Mémoires*, pág. 45.  
(7) Mortimer Ternaux: *Histoire de la terreur, 1792-1794, d'après des documents authentiques et inédits*, segunda edición. Paris, 1863, I, pág. 137.  
(8) Véase mas arriba.

blea nacional. El cuartel general de este movimiento fueron los arrabales obreros de San Antonio y San Marcelo.

En virtud de la nueva Constitución, París quedó dividido en veintiocho secciones, las cuales constituían otras tantas repúblicas armadas que á nadie, fuera de sí mismas, obedecían. El jefe de batallón de la guardia nacional que era al

propio tiempo demagogo y jacobino, podía considerarse como presidente de su pequeño Estado libre. En tal situación se encontraban en el arrabal de San Antonio el cervero Santerre y en el de San Marcelo el ciudadano Alexandre, ambos agitadores de profesión, siempre dispuestos á los golpes de mano que les dictaban secretamente Danton y el



Roland

club de los franciscanos, y protegidos por un cierto número de bandidos escogidos que no retrocedían ante crimen alguno cuando se trataba de la «salvación de la patria.» Eran estos el polaco Lazowski, que mandaba los cañoneros de San Marcelo; el carnicero Legendre; el americano Fournier, natural de la Auvernia y que debía su sobrenombre á una larga permanencia en Santo Domingo, durante la cual se había embrutecido por completo; el marqués de Saint-Hugue, catilinario de noble estirpe y de ideas increíblemente

democráticas; el obrero en oro Rossignol, á quien veremos mas adelante general; el italiano Rotondo, etc.

Desde la declaración de guerra había ocurrido en la Asamblea nacional un peligroso desorden, debido á las expediciones de los soldados que ofrecían sus armas á la patria amenazada y que por su patriotismo bien merecían «los honores de una sesión.» Este desorden llegó á convertirse en el mas repugnante abuso el día 9 de abril. Consentido esto una sola vez, quedaban de hecho derogadas todas las leyes con-

tra los mocines armados y contra los grupos sediciosos. Con motivo de la fiesta del 20 de junio, algunos ciudadanos de los barrios de San Antonio y San Marcelo acordaron hacer una visita armada al rey y á la Asamblea nacional, entregar á uno y á otra «las peticiones segun las circunstancias oportunas» y luego, en conmemoración de la sesión del Juego de Pelota, plantar el árbol de la libertad en el terrero de los fuldenses. Así se manifestó en la declaración verbal que una delegación, á cuyo frente se encontraba el polaco Lazowski,

hizo, en 16 de junio, al Consejo general del departamento, solicitando al propio tiempo permiso para usar los mismos vestidos y las mismas armas que hubieran llevado en 1789. El Consejo general, sin embargo, acordó que teniendo en cuenta que la ley prohibía los grupos armados, no formados por fuerza pública legítimamente convocada, pasaba al orden del día (1). Los delegados declararon con palabras insolentes que persistían en su propósito y que harían su visita al rey y á la Asamblea, á pesar de todas las leyes y decretos.



Santerre

La suerte que había tenido el acuerdo del Consejo general de 16 de junio nos demuestra con qué sutileza se aplicaban así la Constitución del Estado como la constitución municipal de París para debilitar toda acción de los de arriba y dejar franco el camino á toda agitación de los de abajo. A esto había conducido la división de los poderes entre una verdadera masa de autoridades. El único de los funcionarios que pensó seriamente en cumplir la ley nos ha referido este episodio, que lo explica todo (2).

(1) Mortimer-Ternaux, I, págs. 136-137.

(2) Roederer, en su instructiva *Chronique de cinquante jours, du 20 juin au 20 août 1792, rédigée sur pièces authentiques*, reimpresa en la colección de Lescure: *Bibliothèque des mémoires relatifs à l'histoire de France, pendant le XVIII<sup>e</sup> siècle. Nouvelle série XXIX*. Subdivisión: *Mémoires sur les journées révolutionnaires et les coups d'état de 1789-1799*. París, 1875, I, pág. 19.

El Consejo general puso el día 18 en conocimiento del alcalde Petion y del departamento de policía el acuerdo que había tomado el día 16 (3). En la tarde del 18, Roederer, procurador general, síndico del departamento, recibió del alcalde la comunicación del acuerdo. «El día 19, dice, lo notifiqué al directorio: este llamó á su presencia al alcalde y á los administradores de policía. Despues de haberlo así manifestado, requerí y el directorio ordenó que el alcalde, el municipio y el general en jefe de la guardia nacional adoptasen sin dilación todas las medidas que estuvieran á su alcance para impedir la formación de grupos no permitidos por la ley y para contener á los perturbadores de la tranquilidad general. El acuerdo ordenaba muy especialmente á los guardias nacionales que estuviesen preparados para el primer aviso.

(3) Mortimer-Ternaux, I, pág. 139.